

# D U A R T E

Por *EUGENIO ASTOL*  
(Escritor y poeta puertorriqueño)

Una fecha histórica es como un pedestal donde se alza la memoria del hombre o del grupo de hombres que le dieron relieve en el tiempo y ante la historia.

Cuando surge un acontecimiento que influye de manera poderosa en la vida de un pueblo o en los destinos de la humanidad, observamos siempre, en su fondo, la voluntad directriz de algunos espíritus escogidos que le imprimen un impulso, una dirección, una norma, por los cuales la idea tangible, largo tiempo acariciada, se corporiza en el hecho con la plástica flexibilidad de toda creación adaptada a las necesidades del ambiente en un momento dado y responsiva a un sentimiento que late hondamente en la conciencia popular.

El 27 de Febrero de 1844, fecha que señala la independencia del pueblo dominicano del yugo de Haití, sintetiza con muda elocuencia un acontecimiento de esos. Retrotrayéndonos a ese día, sobre la falange patricia de los trinitarios que encendió el fuego sagrado en las multitudes, vemos a Mella y a Sánchez, dos hombres de acción; y aún más arriba, ápice y cumbre de ese bloque marmóreo, a un hombre de pensamiento: Juan Pablo Duarte.

Atrayente, sugestivo perfil! Duarte fué un héroe moral al modo de Kosciusko y de Sucre; de Mazzini, de Lincoln, de Martí; figuras que parecen destacarse de las páginas de un evangelio; almas blancas, fraternales, consagradas al cumplimiento del deber, que resplandecen con luz serena y pura entre las agitaciones de su época. Ellos patentizan con sus virtudes la sublimidad de la idea matriz que generó sus acciones, y donde quiera que aparecen justifican, por una ley de gravitación moral, el movimiento en que

tomaron parte como fuerzas inspiradoras e impulsoras. De ellos pudiera decirse, no que abrigaron una verdad, sino que fueron una verdad.

El reflexivo patriotismo de Duarte; su espíritu de sacrificio; su magna concepción del ideal que dió nuevo aliento a su patria, por ese mismo ideal redimida; su modestia y desinterés notorios; el largo ostracismo que se impuso para que su nombre no pudiera servir de pretexto a rivalidades intestinas; todo eso lo delinea como un carácter excepcional, como un tipo modelo para la formación de una sociedad plena de justicia, de sinceridad, de amor, que acaso se está elaborando en las entrañas del lejano futuro.

Para brillar con deslumbrante gloria en los anales de América sólo faltó a Duarte un campo continental en que revolver sus alas, porque los héroes de las islas en las islas se quedan. Pero no importa. Soy de los que creen en la consagración definitiva, más allá de este mundo, anterior y superior a los juicios humanos, que por ser de origen divino no se equivoca jamás y donde los hombres son juzgados por los que netamente son, por sí mismos, independientes de toda circunstancia externa. Y a esas supremas alturas, la grandeza peculiar de Duarte no se subordina a la de ninguna otra figura histórica.

La gloria de Duarte se proyecta en el pueblo dominicano como un haz de resplandores. Porque, sobre el drama colectivo del que fuera actor central descendió, gracias a él, algo así como un reflejo del fulgor de Jesucristo.

San Juan, Pto. Rico. 1926.

Listín Diario, S. D., Marzo 14 de 1926.

